



Eucaristía en la Iglesia de la Clerecía con la Cruz de los Jóvenes (I)

Queridos hermanos:

La Eucaristía es la acción de gracias que la Iglesia eleva de forma permanente a Dios en memoria de su Hijo Jesús, entregado a la muerte en la cruz por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación. La Eucaristía es la memoria sacramental del sacrificio de la cruz.

Esta memoria de Jesús, el Hijo de Dios, encierra y hace presente el misterio del amor misericordioso del Padre, que amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único para que el mundo se salve por él (cf Jn 13, 16-17); y actualiza el amor del Hijo, que habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo; con el amor más grande, que le llevó a dar la vida por sus amigos (cf Jn 13,1; Jn 15, 13). *“Él cargó con nuestros pecados, llevándolos en su cuerpo hasta la cruz, para que, muertos al pecado, vivamos para la salvación”* (1 Pe 2, 24). Por su sangre derramada en la cruz, hemos alcanzado misericordia y somos *“linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable”* (1 Pe 2, 9).

En consecuencia, llevamos ahora al altar nuestra oración y actividad de todo el día junto a la Cruz de Jesús, para que se haga en realidad Cruz de los niños, Cruz de los adolescentes, Cruz de los universitarios, Cruz de los enfermos y Cruz de toda la comunidad diocesana que, vamos a acompañar a los jóvenes en su Vía Crucis por las calles de nuestra ciudad.

Todos somos invitados hoy a acoger con gozo la Cruz gloriosa en nuestra vida, a proclamar como Pablo ante esta cruz: “Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí”. Lejos de nosotros el gloriarnos si no es en la Cruz de Jesucristo, en la cual estamos crucificados y muertos para el mundo. Es decir, lejos de nosotros el vivir para nosotros mismos, encerrados en la búsqueda egoísta de nuestros propios intereses; y estemos dispuestos a ser servidores unos de otros por amor. Para vivir esta nueva libertad, que procede del amor, hemos sido hechos libres por la entrega de Jesús a la muerte por amor.

El Evangelio de Juan narra que el costado de Jesús muerto en la cruz fue traspasado por la lanza de un soldado y de la herida salió sangre y agua. En la más antigua tradición de la Iglesia se ha interpretado que este agua y esta sangre son símbolos del bautismo y de la eucaristía. Por ello, se ha enseñado que del costado de Cristo abierto en la Cruz nacieron los sacramentos que dan vida a la Iglesia; y



nació la Iglesia misma, como nueva Eva, nacida del costado del nuevo y verdadero Adán, Cristo, dormido en la cruz. Contemplar en la Cruz al traspasado es reconocer y confesar que hemos nacido del amor del corazón de Cristo a la vida nueva de los hijos de Dios.

La llamada a esta contemplación del misterio de la Cruz nos llega hoy también a través de los apóstoles Simón y Judas, cuya fiesta celebramos. Los apóstoles son los discípulos libremente elegidos por Jesús para estar en la mayor cercanía con él y para enviarlos con su poder a predicar el Evangelio a todos los pueblos, hasta el fin de los tiempos (Mt 28, 18-20). Ellos son los mediadores necesarios para que llegue a nosotros el fruto de la redención realizada en la Cruz, es decir, el perdón de los pecados. Así describe el Evangelio de Juan esta misión de los apóstoles:

“Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros... recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá” (Jn 20, 21-23).

Esta misión sólo es posible con el don del Espíritu Santo. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos transmite estas palabras de Jesús a sus apóstoles: *“Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra”* (1, 8).

Los apóstoles son los testigos del triunfo de Jesús sobre la muerte; ellos, que comieron y bebieron con él después de su resurrección. Y testigo es también el Espíritu Santo, que reciben quienes obedecen a la palabra de Jesús transmitida por los apóstoles (Hch 5, 32). El apóstol Pablo escribió a los cristianos de Tesalónica: *“No cesamos de dar gracias a Dios, pues al recibir la palabra de Dios que os anunciamos, la abrazásteis no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que sigue actuando en vosotros los creyentes”* (1 Tes 2, 13).

El Espíritu Santo suscita la acogida de la predicación de los apóstoles como Palabra de Dios y, de esta manera, da la mayor relevancia salvadora al ministerio de los apóstoles. Así se comprende también su necesidad y significación en la edificación de la Iglesia como familia de Dios y ciudadanía nueva de los santificados por el Espíritu.

Hemos leído en el texto de la carta a los Efesios que estamos edificados sobre el cimiento de los apóstoles y que el mismo Jesús es la piedra angular. Este texto nos evoca la promesa de Jesús: *“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (Mt 16, 18). Pedro es cimiento, pero es Cristo mismo, con la fuerza de su Espíritu y el ministerio de los apóstoles, quien va levantando el edificio de su Cuerpo, lo ensambla, lo nutre con su misma vida y lo santifica hasta formar un templo a él consagrado. Y en la construcción de este templo espiritual vamos siendo integrados cada uno de nosotros como piedras vivas, para ser morada de Dios y ofrecer, unidos a Jesucristo, el sacrificio de nuestra vida santa como un culto agradable al Padre (cf 1 Pe 2, 4-5; Ro 12, 1)



Carlos López Hernández

Estar edificados en Cristo significa responder a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra. Así lo explica Jesús: *“El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra... se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida”* (Lc 6, 47-48).

Estar edificados sobre el cimiento de los apóstoles es una llamada permanente a creer y amar a la Santa Madre Iglesia. La Iglesia concreta de cada tiempo, con su Papa y sus Obispos, con sus presbíteros y diáconos, con sus familias y sus hijos, niños adolescentes y jóvenes, condicionados para bien y para mal por la cultura ambiente. Pero, en toda circunstancia, los fieles tienen la unción del Espíritu para reconocer en sus pastores visibles la presencia del supremo pastor (1 Pe 5,4), Cristo, el único buen pastor y guardián de sus almas (1 Pe 2, 25).

La Jornada Mundial de la Juventud nos va a hacer vivir una experiencia concreta y real de la naturaleza apostólica de la Iglesia en torno al actual sucesor de Pedro. Y en esta fiesta de los apóstoles Simón y Judas, damos gracias también por el ministerio apostólico de Benedicto XVI y rogamos al Señor que le ilumine y fortalezca, para que siga confirmando en la fe a los hermanos y sea mediador del encuentro con Cristo para todos los jóvenes que van a reunirse en torno a él en Madrid.

Clerecía, 28 octubre 2010